

La caracola del diablo

I. DECLARACIONES ESCANDALOSAS

Y... ¡corten!, ¡vale, muy bien la escena de los zombis, perfecto! ¡Por hoy lo dejamos! —dijo el director de la “Casa del Terror II”.

Mientras los chicos recogían y se cambiaban, el director Roody Wallen salió hacia el bar de la esquina para reponer fuerzas y atender a los medios de comunicación que le esperaban para entrevistarle. Ese día le tocaba a una cadena de televisión alemana con la que había concertado una exclusiva.

El Sr. Wallen era un gran aficionado a los cócteles de frutas y ron, en la isla samoana donde se rodaba su película los hacían muy bien. Fue hasta la barra y pidió el tamaño extra grande. Un dócil indígena se lo preparo inmediatamente y pudieron comenzar la entrevista.

Las preguntas se prolongaron más de los treinta o cuarenta minutos que el Sr. Wallen tenía previstos y los cócteles se fueron sucediendo. En un momento de euforia, el Sr. Wallen cometió la indiscreción de revelar como había conseguido dar mayor realismo a las escenas de los zombis: utilizaba una toxina que se alojaba en la concha de un molusco que los indígenas llaman “Montuathu” o “Caracol del Diablo”, que producía un estado de alelamiento y semi-inconsciencia durante un corto período de tiempo. Luego, relató las condiciones en las que tenían que ser pescados dichos moluscos y el tiempo durante el cual podían ser ingeridos con seguridad: sólo seis horas desde que los moluscos salían del agua. Trascorrido ese tiempo, se producía una grave intoxicación o incluso la muerte. En ese momento, los atónitos periodistas recogieron sus cosas y se marcharon.

Los enviados por la cadena alemana a la entrevista eran dos periodistas sin escrúpulos, dispuestos a hacer de todo para ganar dinero; daba igual si cambiaban identidades, mentían sobre las noticias o se las inventaban..., lo importante era, a su parecer, obtener un beneficio económico. Nada de informar a la población, eso era una tontería sin importancia. La noticia que vendieron a todos los medios de comunicación estaba totalmente desdibujada. En ella se decía que el director Roody Wallen utilizaba a los nativos samoanos, era allí donde se estaba rodando su película, para que trabajaran en unas condiciones infrahumanas. Aseguraban que los había contratado como extras aprovechándose de sus creencias; que no los trataba bien, y ni siquiera les pagaba un sueldo. La cadena que había vendido la exclusiva a los demás medios de comunicación, se había enriquecido con las noticias falsas. Había manipulado la opinión general, consiguiendo que la película fuera censurada y prohibida en cuarenta países. Nunca se llegó a estrenar. El Sr. Wallen se arruinó al perder todo el dinero que había empleado en el rodaje y en la multa millonaria que tuvo que pagar. Nunca supo que su controvertida declaración salvaría la vida de un joven y tal vez muchas otras vidas.

II. ENFERMEDAD Y TRANSFORMACIÓN.

Unos meses más tarde, en un soleado día del mes de agosto, en el aeropuerto de Málaga aterrizaba un avión de la British Airways. En ese avión viajaba Jonathan, un joven que esperaba pasar las mejores vacaciones de su vida en un pueblecito del Sur de España, bañado por el Mar Mediterráneo.

Tenía dieciocho años y llevaba toda su vida deseando visitar ese país que se imaginaba con los tópicos de, fiesta, amigos, sol, playa y toros. Estaba tan ilusionado con el viaje que sus padres le habían regalado como premio por su graduación, que en cinco meses había aprendido un español casi académico, en el que se incluían algunos tacos. Después de llegar al hotel y descansar un rato, Jonathan y los cinco amigos que le acompañaban, decidieron salir a cenar a un restaurante de la orilla de la playa. Ante todas las posibilidades

gastronómicas que le ofrecieron, Jonathan se inclinó por tomar un bicho marino dentro de una caracola muy bonita. Estaba exquisito.

Tras la cena, se fueron a dar un paseo y a disfrutar del agradable paisaje costero y de pronto, ¡todo empezó!. Sus piernas y sus brazos se quedaron rígidos, sus ojos se pusieron blancos, de su boca empezó a salir espuma y unos sonidos extraños.

-¡Socorro, socorro! ¡Que alguien nos ayude! -gritaron sus compañeros, corriendo hacia el primer local que encontraron abierto. Jonathan les seguía, sus pasos eran largos y acompasados, sus brazos iban delante de su cuerpo, que desprendía un fuerte hedor. Nada más llegar a la puerta del bar “La Esquina”, los atónitos clientes empezaron a chillar, y como pudieron se fueron escapando. El camarero, que estaba limpiando vasos detrás de la barra, sufrió un desmayo y su corazón se paró. Jonathan se giro, y volvió sobre sus pasos, saliendo del local y dejando a sus amigos paralizados de pavor.

Siguió caminando por la calle, pero la luz de las farolas le resultaba insoportable. Trató de buscar zonas más oscuras. De pronto, como movido por un resorte, giró en redondo y cruzó una transitada avenida. Los coches frenaron en seco. Varios chocaron entre sí, dando lugar al consiguiente ruido de bocinas, cristales rotos, chirridos, gritos y lamentos. Jonathan siguió caminando, con la mirada perdida y sin que lo ocurrido le afectara lo más mínimo. El pánico era general. Nadie era capaz de reaccionar. De pronto alguien llamo a la policía: “¡Hemos visto un zombi!”.

Al cabo de un rato, Jonathan cayó desmayado. La patrulla de policía y los miembros del servicio de emergencias que lo seguían, lo recogieron y lo trasladaron a un hospital. Allí empezaron a hacerle todo tipo de pruebas y la conclusión era siempre la misma: sufría una grave intoxicación con gran riesgo para su vida. Las esperanzas de sobrevivir eran pocas. Durante varios días su estado no mejoró, la fiebre era alarmantemente alta, los dolores musculares insoportables y lo peor de todo, los medios de comunicación estaban permanentemente ante la puerta de su habitación.

III. ANTÍDOTO

La noticia se divulgó en todas las televisiones: “Un joven americano sufre una grave intoxicación y causa gran alarma en una tranquila población del sur de España”.

El doctor Giménez levantó la vista del microscopio y se colocó las gafas. El antídoto estaba preparado. Lo llevaría al hospital y rezaría para que funcionara, ya que aún no había sido probado. Estaba agotado; llevaba una semana trabajando día y noche, para concluir sus experimentos. “Por fin podre descansar”, pensó.

Apagó las luces del laboratorio y se dirigió al hospital. Cuando entró en la habitación, Jonathan continuaba inconsciente y de su cuerpo salían un montón de cables. Le inyectó el contenido del frasco y se sentó a esperar. Si el resultado de sus investigaciones era correcto, en menos de una hora tendría que hacer efecto.

IV. CONCLUSIÓN.

El primer invitado en llegar fue el doctor Giménez. Encontró la puerta abierta y entró. Recorrió los pasillos de brillantes suelos encerados y con grandes retratos en las paredes, hasta llegar a la terraza superior de la casa del senador. Esperaba encontrarlo allí. Así fue; su buen amigo sostenía un libro en una mano y en la otra su bebida favorita: un vaso de zumo de piña.

-Ah, ¡hola Giménez!, me alegro de que hayas llegado el primero. Mira que hermosa puesta de sol -dijo el senador.

Desde la terraza trasera se apreciaban perfectamente los reflejos dorados que el sol desprendía sobre la pequeña población y sobre el agua del mar en calma a esas horas del ocaso.

-Sí, preciosa verdaderamente; y muy relajante —contestó Giménez.

- Antes de que empiecen a llegar el resto de los invitados, deja que te felicite por el premio. ¡Te estaré eternamente agradecido por salvarme la vida! -Sentenció el senador Jonathan Jackson, que ahora estaba retirado y vivía en un pueblo del Sur de España. Gracias por ser tan tenaz, por luchar durante tanto tiempo contra el mundo científico, con el único apoyo de tu familia y de tus amigos. Pero has conseguido demostrar lo que todos negaban: -prosiguió el senador - que el cambio climático es un hecho y que sus consecuencias son imprevisibles.

Ambos amigos se fundieron en un fuerte y caluroso abrazo.

-Nunca me explicaste como conseguiste relacionar ambas noticias - le preguntó Jonathan- Siéntate y ahora que tenemos tiempo me lo cuentas.

Cuando oí la primera noticia y escuché al Sr. Wallen, hablar del “Montautu”, recordé que era el nombre que los samoanos le daban a un molusco de los que yo había estudiado. No sabía que tuviera esos efectos y la curiosidad me tentó. Por aquel entonces- prosiguió el doctor Giménez-, yo había acabado mis estudios de medicina y trabajaba en el laboratorio de un hospital. Mis medios eran precarios, pero decidí conocer más a fondo ese molusco. Investigué durante un tiempo hasta que ocurrió el incidente que tú protagonizaste; los síntomas eran los mismos, pero el molusco era distinto. Yo sabía que no era una intoxicación por marisco en mal estado, pero me costaba entender como una toxina había llegado desde el Pacífico hasta el Mediterráneo. No teníamos mucho que perder, tú vida corría un grave peligro y no había tiempo. El resto ya lo sabes. Tardé mucho tiempo en poder demostrar que debido al calentamiento de las aguas del Mediterráneo, una toxina que era propia de zonas geográficas muy alejadas, el Pacífico Sur, y de climas muy distintos, había cambiado su comportamiento y había migrado a nuestros mares, alojándose en las conchas de otros moluscos.

Ambos recordaron los días de estancia en el hospital, la mejoría de Jonathan, su marcha a Estados Unidos y como sus vidas siguieron caminos distintos, pero continuaron siendo

amigos y luchando juntos por un objetivo común: frenar los excesos y abusos de los humanos con la naturaleza.

La llegada de los demás invitados les interrumpió.

Después de la succulenta cena y los brindis de rigor, el Senador se levantó y pidió a los presentes que le acompañarán a la terraza a disfrutar de la espléndida noche que la naturaleza les brindaba. Les pidió que nunca olvidaran que la naturaleza, buscando su equilibrio devuelve el daño causado.

Pablo Escarrz Rancaño